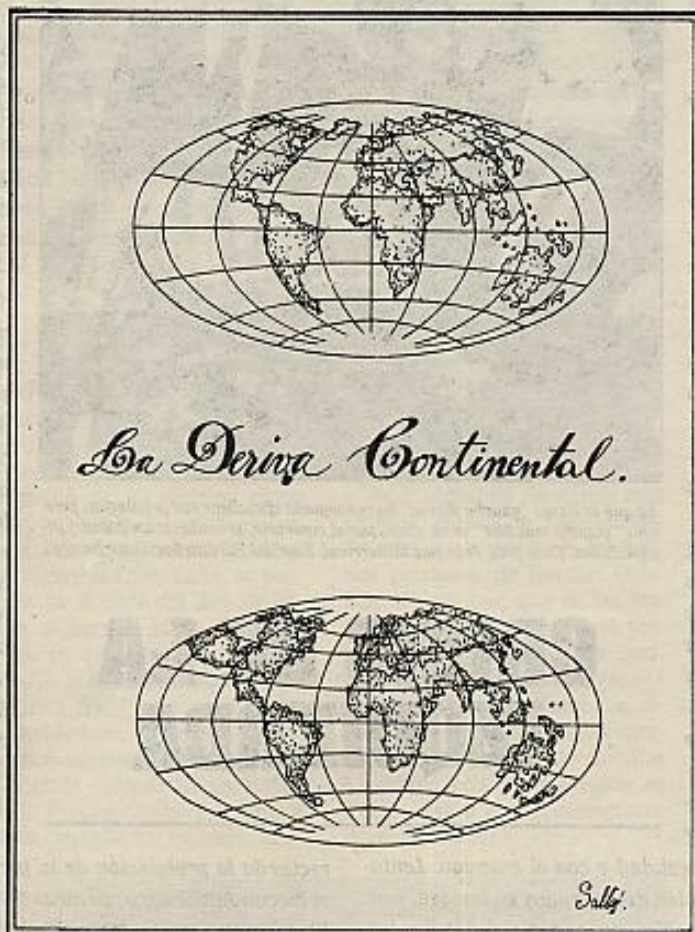


CHINA SE PASA A OCCIDENTE

EDUARDO HARO TECLEN

El "Diario del Pueblo", de Pekín, comentaba el domingo el establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y Estados Unidos como un progreso trascendental en la defensa contra la "agresión soviética"; es posible pensar que en la Unión Soviética el acontecimiento se haya visto como un crecimiento de las posibilidades de agresión de China o de los Estados Unidos contra la URSS. Claro, que los comentarios oficiales no van, no pueden ir, por esa vía. Lo poco que sus funcionarios dicen hasta ahora es que es natural, que es algo lógico, esperado. Lo es, en efecto, por lo menos desde que Nixon visitó Pekín en febrero de 1972; los casi siete años transcurridos son, sobre todo, una de esas irritantes esperas norteamericanas a que maduren las cosas.

Lo que ha madurado es una nueva situación mundial. Las relaciones de Estados Unidos con China han ido mejorando a medida que iban empeorando las de los dos países con la Unión Soviética. Estados Unidos, lentamente, precavidamente, por el sinuoso camino de los "derechos humanos", del retraso en las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas —nucleares— y de un punteo continuo en las zonas en que podría disfrutarse la influencia: Oriente Medio y el Mediterráneo, África, América Latina. Y Asia. Las de China, velozmente, y acompañadas por decisivos cambios en la política interior. Sobre todo, a partir de la muerte de Mao. Hace muchos años que la política exterior china se reduce de una manera esquemática, incesantemente repetitiva, a trabajar en el sentido contrario a la Unión Soviética; a combatir todo lo que la URSS favorece, a ayudar todo aquello que la URSS repudia. Fue un cambio paulatino primero, brutal después, desde los tiempos en que, a raíz de la disputa llamada ideológica con la URSS, después de la destalin-



Carter y el nuevo hombre fuerte de China, Teng Hsiao-ping: una nueva situación mundial.

zación, China adoptaba —o sostenía— la postura ideológica y política absolutamente contraria a la actual: la denuncia de la colisión entre la URSS y los Estados Unidos y la labor de captación de los países del Tercer Mundo, incluso con el anuncio de la creación de la "ONU de los pobres" para responder a la Nueva York manipulada —según su versión— por el imperialismo americano y el socialfascismo soviético. Este eje fue girando sobre sí mismo hasta convertirse en lo opuesto de lo que era. La aparición de Hua Kuo-feng y de Teng Hsiao-ping iba a acelerar toda esta dinámica. Se atribuye, como se sabe, a Teng todo el giro a la derecha. En parte, hay un error: el antisovietismo chino es muy anterior —nace ya en la época en que Teng estaba en desgracia— y no es sólo tema suyo: cualquiera de las otras tendencias que se han disputado y se disputan aún el poder dentro de China tiene la misma tendencia, la misma intención. Se diría que, dentro de las variaciones chinas, la única constante absolutamente mantenida es la del antisovietismo. Presentado siempre como una situación de defensa frente a una agresión soviética presentada como inminente ante un pueblo absolutamente crédulo en este sentido. La palanca sigue funcionando, como lo demuestra la frase antes citada del editorial del "Diario del Pueblo", e incluso los términos del comunicado conjunto lo citan con el eufemismo correspondiente: "ambos se oponen a los esfuerzos de cualquier otro país o grupo de países para establecer la hegemonía" (en Asia ni en ninguna otra parte del mundo). En todo el lenguaje diplomático de China en los últimos tiempos, la acusación de "hegemonía" se dirige siempre contra la Unión Soviética, y precisamente la llamada "cláusula contra la hegemonía" retrasó su tratado de paz con el Japón hasta que éste aceptó finalmente, orientado y



El Presidente de la República Popular China, Hua Kuo-feng, anuncia en una conferencia en Pekín el establecimiento de relaciones diplomáticas con Washington.



Los ciudadanos de Taipei depositan en una hucha donativos para la defensa de la isla.

aconsejado por los Estados Unidos. La firma previa del tratado con Japón formaba ya parte de este "salto hacia adelante", y los comentarios oficiales y oficiosos del nuevo gabinete japonés ofrecen ya la colaboración de su país en el acuerdo general de China y Estados Unidos: el eje Washington-Tokio-Pekín, comentado y designado así en estas mismas columnas ya hace meses, está funcionando y va a seguir adelante.

Pero no es sólo el frente asiático

co el que preocupa o debe preocupar a Moscú. La ofensiva está desencadenada a escala mundial. Ha entrado en su propio terreno de una manera muy visible, por el flanco rumano, recientemente visitado por el Presidente Hua y ahora, después de la disidencia rumana para con los acuerdos y decisiones del Pacto de Varsovia, con la visita del mensajero presidencial y secretario del Tesoro de Estados Unidos, Blumenthal, para reforzar su apoyo a Rumania. El cer-

co a la URSS se estrecha cada vez más, se acentúa de una manera verbal —Carter recordando las violaciones soviéticas en el discurso de conmemoración de la Declaración de Derechos Humanos de la ONU— y de una manera física. Las respuestas que la URSS quiere dar no le funcionan. Trata de recuperar su amistad con los eurocomunistas; trata de provocar una declaración común de países y partidos comunistas contra China, y no lo consigue. La situación en que se

encuentra en estos momentos es enormemente delicada.

Por ello, una noticia que hace años hubiera sido acogida con satisfacción, porque hubiera significado un descongelamiento y un paso hacia la paz universal, se ve ahora con inquietud y temor. Porque no reúne sólo estas condiciones pacifistas, sino un aspecto que a la URSS le tiene que parecer como una continuación de la hostilidad continua, y hasta como un riesgo de ataque. Es decir, que más que eliminar motivos de tensión, los crea.

El sacrificio de todo este movimiento corresponde a Taiwan (Formosa), que después de años y años de servir de base de los Estados Unidos frente a China, y de esperar que un día podría ser el punto desde el que partiese la reconquista del territorio continental, se ve ahora condenada a la extinción, y a ser subsumida por el continente al que pertenece. El comunicado de los dos países mantiene una cierta contradicción: por una parte, dice que "el Gobierno de los Estados Unidos reconoce la posición china de que sólo hay una sola China, y que Taiwan es parte de ella", mientras sostiene que "el pueblo norteamericano" mantendrá "relaciones culturales, comerciales y otros lazos no oficiales con el pueblo de Taiwan". No pasa de ser una fórmula, una manera de "salvar la cara": Taiwan, retirados los soldados y las armas de Estados Unidos, no aguantará mucho tiempo sin sumarse al continente que hace unos años bombardeaba con cañones enviados por los Estados Unidos...

¿Es, como se dice, un "cambio histórico"? Es, sobre todo, la confirmación y el símbolo de que el cambio histórico se ha producido ya, y de que la ofensiva antisoviética continúa. Ofensiva que en un momento determinado podrá perder la cabeza de Washington y tomar la de Pekín: en esta alianza se empieza ya a no saber quién manipula a quién. El balance es que el comunismo ha perdido un enorme país —aunque formalmente siga actuando desde dentro en forma de dictadura—, la URSS ve su posición internacional mermada, y Estados Unidos, Japón y China forman, o empiezan a formar, un trío de poder absolutamente temible. ■